

Venezuela ¿crisis de liderazgo o crisis de la democracia?

Sonntag, Heinz R.

Heinz R. Sonntag: Sociólogo venezolano de origen alemán. Doctorado por la Universidad de Bochum, fue director del Centro de Estudios del Desarrollo - CENDES - de la Universidad Central de Venezuela entre 1983 y 1987. Es autor de numerosos artículos y varios libros sobre su especialidad.

A poco más de dos años de la vuelta de Carlos Andrés Pérez a la Presidencia, la situación social y política de Venezuela se presenta con características difíciles. A diferencia y hasta a contracorriente de lo que muchos analistas y estudiosos pensaron a comienzos de 1989¹, no se ha avanzado en la definición y el diseño de un nuevo modelo de desarrollo; se han profundizado los rasgos de crisis de la sociedad y de la democracia; no se ha llegado a una nueva manera de hacer política; se han afianzado viejos vicios en la relación entre Estado y sociedad civil. En breve: se corre el peligro de que las frustraciones de las grandes mayorías aumenten todavía vía más y conlleven niveles aún mayores de apatía y de inercia en el funcionamiento del sistema político y de conflictividad en la sociedad.

El plano económico

Un análisis de la coyuntura no puede prescindir de una corta referencia al trayecto de la economía en lo que va del gobierno. Es bien conocido que Pérez jugó durante la campaña electoral hábilmente con el recuerdo de su primer período constitucional; que criticaba el modelo de desarrollo de la CEPAL; que se enfrascó en debates a veces bastante acres sobre el neoliberalismo y las políticas de ajuste «recomendadas» por el Fondo Monetario Internacional (FMI); y que postuló implícita y a menudo expresamente la urgencia de definir las bases y los mecanismos de un nuevo modelo de desarrollo que fuera capaz de reorientar la modernización económica del país, de reformar el Estado y el sistema político y de mejorar simultáneamente las deterioradas condiciones de vida de la gran mayoría de los venezolanos². Una vez asumida la Presidencia, en un discurso televisado del 16 de febrero de 1989, le

¹Entre ellos yo mismo, como puede constatarse en mi trabajo «Venezuela: la vuelta de Carlos Andrés Pérez», en Nueva Sociedad, N° 99, enero-febrero de 1989, pp. 18 y ss.

²Cf. entre muchos trabajos Maigón, Thaís y Heinz R. Sonntag: «Las elecciones en Venezuela en 1988 y 1989: del ejercicio del rito democrático a la protesta silenciosa» en Revista Mexicana de Sociología, próximo número, donde se presenta una visión sucinta de lo que ocurrió en el proceso electoral de 1988 y 1989 y se incorporan los análisis de otros autores.

comunicó al país su programa de gobierno para el quinquenio en un discurso televisado del 16 de febrero de 1989, basándose en el reconocimiento, correcto, por lo demás, de que la economía del país se encontraba en condiciones muy críticas. El programa incluía una Carta de Intenciones al FMI, contenía en gran parte las políticas de «ajuste»³ que dicho organismo ha venido «sugiriendo» a los países subdesarrollados (y los del socialismo realmente existente mientras que existía), sobre todo a los de alta deuda externa, desde mediados de los 70⁴, y proponía las que en aquel entonces se llamaban «políticas sociales complementarias». Desde ese momento en adelante, Pérez se ha empeñado, señalando reiteradamente que es la única vía posible, en mantener el programa, bajo el rótulo del Gran Viraje, contra viento y marea, esto es: contra la oposición y resistencia de amplios sectores políticos, hasta de su propio partido Acción Democrática (AD), y de segmentos importantes de la burguesía local, para no hablar de las clases trabajadoras y medias⁵.

Después de un año (1989) con efectos desastrosos (decrecimiento del PIB en el orden del nueve por ciento, inflación del 90 por ciento, etc.), las políticas han tenido algunos éxitos: se ha invertido la fatal tendencia a la baja de las reservas internacionales, causada por los gobiernos anteriores; lentamente se está reestructurando una parte del aparato productivo; algunas exportaciones no tradicionales aumentaron; el déficit fiscal ha decrecido; el problema de la deuda externa se ha aliviado; la inflación parece estar controlada si se la compara con la que vivieron otras naciones de la región en períodos de «ajuste». Otras medidas casi no han cuajado; ejemplos son la privatización de empresas estatales (limitada hasta ahora a algunos bancos y a la declaración de «buenas» intenciones) y el achicamiento de la administración pública. Se ha complementado el «paquete» con políticas sociales más enérgicas y los llamados megaproyectos, ambos financiados en parte por el Banco Mundial (BM) y destinados tanto a la reactivación de sectores de la economía interna como a aliviar algunos de los efectos sociales más perniciosos, como el desempleo.

³ Uso las comillas porque el término, en su aceptación tecnocrática, soslaya sistemáticamente importantes preguntas que habría que formularle al proceso, como por ejemplo: ¿Ajuste de qué a qué? ¿Ajuste en favor de quién?

⁴ Aunque me niegue a creer en «teorías conspirativas de la historia», es al menos sospechoso que el FMI no les imponga las mismas condicionalidades a los países industrializados altamente endeudados, por ejemplo EEUU, Bélgica y otros. A lo mejor piensa que sus economías son estructuralmente sanas, sobre lo cual cabrían al menos las sombras de alguna duda si se examinasen determinadas variables macroeconómicas de algunos de ellos.

⁵ Que conste que no atribuyo el Caracazo del 27 de febrero y días siguientes de ese mismo año al «paquete», como popularmente se denominaba el programa. Entre el anuncio y los pudorosamente llamados «sucesos» pasó demasiado poco tiempo como para que estos significasen una verdadera protesta contra aquél. La aplicación de una de las medidas (el aumento de los precios internos de combustibles) y sus secuelas fueron no más que el fósforo que cayó en un barril de polvo, o sea, el detonante de una explosión de frustraciones contenida durante más de diez años con políticas de dudosa seriedad.

Aun así y con el ligero crecimiento económico de 1990 y uno moderado para 1991, no cabe duda de que la situación material y las condiciones de vida de la gran mayoría de los venezolanos han sufrido y están sufriendo serios deterioros. Entre ellos caben destacar el aumento de la pobreza extrema y crítica, la informalización urbana creciente y la distribución regresiva del ingreso nacional. Los defensores e ideólogos del «paquete», gubernamentales o no, argumentan que la situación mejorará en el mediano plazo⁶. Dadas las proyecciones de la CEPAL en sus más recientes publicaciones⁷ acerca del futuro de las economías de la región, dicha argumentación parece carecer de base y peca de optimista.

La fragmentación social

Como en otras sociedades de la región sometidas a los shocks del «ajuste», el proceso ha intensificado la desagregación de los actores colectivos y la pérdida de identidades sociales. No cabe duda, por ejemplo, de que la pauperización de los sectores medios ha engendrado una disminución de su rol en la sociedad. Ya no se identifican con un proyecto nacional global, sino que buscan, por todos los medios a su alcance, la realización de su propio proyecto. Este queda a su vez reducido al mantenimiento y a la defensa de los pocos privilegios que todavía les quedan (básicamente de consumo). De allí que sus prácticas colectivas se orienten por intereses puntuales e inmediatos y que hayan perdido un horizonte histórico a más largo plazo.

A nivel de los sectores subalternos (los diferentes segmentos de la clase trabajadora, los que han quedado relegados a la informalidad, los campesinos), se puede observar un fenómeno similar. La pérdida del poder adquisitivo de los sueldos y salarios, el aumento del costo de la vida y los múltiples problemas derivados del marcado deterioro (y aumento de costo) de muchos servicios públicos, han hecho que la gran mayoría de los integrantes de estos sectores se maneje en los estrechos límites de la lógica de la sobrevivencia. Ello implica la búsqueda de soluciones individualizadas a los problemas comunes e impide la creación de solidaridades compartidas⁸.

⁶Con excepción del flamante ministro de Planificación, Miguel Rodríguez, y el presidente del Banco Central, Pedro Tinoco: ellos vociferan acerca de un desenlace feliz del proceso de «ajuste» a corto plazo.

⁷Cf. Cepal, Transformación productiva con equidad, y Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, 1990.

⁸Lo dicho se ve ampliamente confirmado por los resultados de investigaciones como el Proyecto Venezuela de Hernán Méndez Castellanos ó Estrategias de sobrevivencia de un equipo del CENDES bajo la coordinación de Cecilia Cariola y Miguel Lacabana.

Entre los distintos segmentos del sector privado existen igualmente procesos de fragmentación. Algunos, sobre todo los transnacionalizados y los vinculados a las actividades financieras, se enriquecen en forma hasta «obscena»⁹ y pretenden una hegemonía sobre todo el sector. Otros, especialmente los que dependen del mercado interno, han visto mermadas sus ganancias y reducidos sus márgenes de influencia, mas intentan resistir la pretensión hegemónica de los anteriores y de los segmentos más transnacionalizados.

Agréguese a ello la polarización que proviene de la regresión en la distribución del ingreso nacional. Se está produciendo así una pirámide cuyo fragmento superior es cada vez más estrecho y el inferior crecientemente amplio. Ello ocurre a pesar de los intentos del Estado, en muchos sentidos contrarios al «paquete», de intervenir, con políticas salariales y sociales, en la repartición de la riqueza. La sociedad civil resulta, de esta manera, con la apariencia de una fuerza que los hechos le niegan. El hecho de que se «privatizan» determinadas funciones, en vez de que sean asumidas colectivamente por ejemplo en el campo de la seguridad personal, no es sino una manifestación de tal debilidad. La fragmentación y la polarización favorecen la realización del proyecto societal neoliberal, esto es: la individualización atomista de la sociedad, que implica serios peligros para su cohesión interna, para no hablar de valores como justicia, igualdad y solidaridad. Muchos tecnócratas del «ajuste» no tienen idea de tal proyecto y actúan con la inocencia resultante. Algunos ideólogos ven en él la realización de la humanidad, diríase que su estado ideal al que hay que acercarse.¹⁰ Ambos pasan por alto que el neoliberalismo hecho realidad conduciría, en las condiciones particulares del capitalismo latinoamericano y caribeño, al afianzamiento de lo que, en otro contexto, he llamado el apartheid social¹¹.

La escena política

Las relaciones políticas de la sociedad y sus reglas de funcionamiento son, en estas circunstancias económicas y sociales, particularmente importantes. Ello precisamente porque un fortalecimiento de la democracia podría engendrar la reagregación de (nuevos y viejos) actores sociales, el establecimiento de identidades colectivas que se correspondan con el momento que vive la sociedad, una orientación novedosa de sus demandas y la búsqueda de un proyecto nacional alternativo. Así podría dejar de ser la democracia «el paño de lágrimas» de los que sufren los efec-

⁹Que conste: el término es de Gonzalo Barrios, el presidente de AD.

¹⁰Cf. Gómez, Emeterio: ¿Qué es el neoliberalismo?, Caracas (Partido Liberal Nueva Generación Democrática), 1989.

¹¹Cf. mi trabajo «Las consecuencias sociales y políticas del endeudamiento: ¿Hacia un nuevo 'apartheid'?» en Capítulos SELA, 19, abril-junio de 1988.

tos del «ajuste» y convertirse en un movimiento capaz de generar nuevos consensos.

La promesa electoral de Pérez de darle a la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE) un rango formal más elevado y significar con ello su papel más destacado parecía efectivamente apuntar hacia tal renovación de lo político. Cumplida la promesa, la COPRE pudo hacer muy poco, a lo largo de estos dos años, en una realidad sociopolítica caracterizada por distintas instancias de una misma crisis: la de la democracia a la vieja usanza. La comisión aparece hoy, a los ojos de muchos analistas y ciudadanos, instrumentalizada con arreglo al proyecto del Gran Viraje, esto es: productora de ideas y propuestas que deberían contrarrestar las tendencias al proyecto societal neoliberal subyacentes a las políticas de «ajuste», pero que no logran cuajar¹². La única experiencia concreta basada en el trabajo de la COPRE, la elección directa y uninominal, en 1989, de los gobernadores de los estados federales y de los alcaldes de los municipios, ha estado viciada por la elevada abstención electoral (más del 55 por ciento en todo el país y el 70 por ciento en Caracas) y no ha generado (¿aún?) nuevos mecanismos de conducción política del país.

El fracaso parcial de las reformas se debe a que una gran parte del liderazgo de los partidos y de las organizaciones corporativas ofrece no sólo oposición sino resistencia activa a cualquier intento de reformar el sistema político. Pese a que todos ellos sufren serios descabros internos por la crisis de representatividad - ya no representan orgánica y articuladamente a quienes pretenden representar y de hecho han representado durante buena parte de la vida de la democracia venezolana -, quieren seguir siendo los únicos mediadores entre la sociedad y el Estado. Y en alguna medida lo logran, precisamente por su acceso, obsoletamente cerrado a otras organizaciones de ciudadanos, a las mesas de negociación y concertación, por su omnipresencia en la opinión publicada (que no opinión pública, en cuya conformación intervienen otros factores y actores) y por la debilidad reciente y creciente de la sociedad civil.

Los otros antirreformistas son los tecnócratas¹³. Como su visión de la historia, del cosmos y del futuro es la inducida por la racionalidad tecnoeconómica o instru-

¹²Siempre es osado hacer apreciaciones como la que sigue, mas algunas veces el estudioso tiene que hacerlo, aun so riesgo de interpretar mal los indicios: pienso que Pérez no es adicto a dicho proyecto y que estima que podrá evitar su realización, tal vez mediante un gran viraje dentro del Gran Viraje, precisamente porque es un homo politicus frente a una ideología que le atribuye todo valor al mercado que es la antipolítica.

¹³Sólo lo son algunos altos funcionarios de la administración Pérez - paradigmáticamente podrían señalarse los ya citados ministro de Planificación y presidente del Banco Central.

mental, cualquier otro intento, incluso el político, de articular sociedades y construir tejidos que permitan la intervención activa de actores conscientes, les parece de por sí sospechoso y su relación con una nueva forma de comprender (y practicar) la democracia es débil. En su afán de un liderazgo distinto al actual están tendencialmente inclinados a apoyar la democracia tal y como estaba marchando: en tales espacios conquistaron ellos su lugar. De allí que sean competidores, mas también virtuales aliados de los antiguos liderazgos porque son capaces de compartir lo que permite pensar la opinión publicada¹⁴.

La competencia, abierta y velada, por el liderazgo ha creado numerosas situaciones en las cuales ningún grupo puede ejercerlo. Sorprendente para muchos, el Presidente no se aprovecha de ese vacío de poder, sino que prefiere los viejos mecanismos de entendimientos, coaliciones, negociaciones a puerta cerrada, etc., especialmente con los líderes más tradicionales y más antirrenovadores de su propio partido, de la más fuerte de las centrales sindicales (bajo control de AD) y de Fedecámaras, la organización empresarial.

En tales condiciones, los vicios del clientelismo de la(s) militancia(s) del o de los partidos y el paternalismo del Estado siguen ejerciendo considerable influencia, tanto a nivel central como en los estados y municipios. Reflejan una obsoleta actitud hacia el Estado y de éste hacia los ciudadanos, impidiendo así una renovación democrática que vaya realmente a las raíces. En este mismo contexto debe ser ubicada la corrupción, una suerte de «acumulación originaria» de políticos que quieren convertirse en «empresarios» y lo hacen sólo por su pomposo estilo de vida (no propio de la mayoría de los empresarios). Mientras tanto, las instituciones, las del Estado y las del sistema político, últimamente incluyendo las FFAA, sufren serios daños porque pierden aún más credibilidad.¹⁵

La política exterior de Pérez, en cambio, tiene más elementos que permiten una evaluación positiva. Si bien el Presidente parece haber perdido algo de su condición de «líder continental», es indudable que ha impulsado procesos de integración regional y subregional y un saludable acercamiento con el vecino Colombia. Sin embargo, la relación con EEUU. sigue estando plagada de ambigüedades y la política hacia la OPEP atrapada en la contradicción entre los deseos de la tecnocracia petrolera y los residuos de tercermundismo que le quedan a Pérez. En todo caso, el

¹⁴Ojo: No todo discurso de la necesidad de una «nueva gerencia» se ubica en esta tecnocracia.

¹⁵Las denuncias sobre la corrupción, tanto en el gobierno de Lusinchi como en sectores del actual, son frecuentemente tildadas por el viejo liderazgo de «intentos de desestabilizar la democracia». Ello es tan irónico como el hecho de que los que se oponen en AD (y fuera de él) a los ingredientes neoliberales del Gran Viraje aparezcan como aliados de dicho liderazgo.

gobierno no ha tenido éxito en sus intentos de transmitirle a los ciudadanos la comprensión de la importancia que revisten los esfuerzos por abrirle al país (y a la región) espacios más amplios en el cambiante sistema mundial¹⁶.

En resumen, las tendencias hacia el futuro no son «color de rosa». Los ingredientes del proyecto societal neoliberal, inherentes a muchas políticas gubernamentales y ya mencionados, más la fragmentación y la polarización sociales pueden fortalecer ciertas inclinaciones hacia el autoritarismo, hasta ahora difusamente presentes. Se verían reforzadas por la protesta silenciosa que es la abstención electoral y por las numerosas manifestaciones de disconformidad y de desobediencia civil que se suceden desde el Caracazo (ciertamente poco publicadas por los medios de comunicación). Adicionalmente, esa protesta y estas manifestaciones no cristalizan en la constitución de organizaciones alternativas ni en la formulación de proyectos distintos, por las razones que hemos señalado. La rigidez de instituciones y mecanismos democráticos, válidos durante los primeros 15 a 20 años de la democracia, hace que los que tienen que practicarlos y vivirlos, o sea, todos los ciudadanos, se vean sumergidos en un mar de incertidumbres. Esta sensación puede desembocar en una crisis de la nación que, como en otros países de la región, cuestionaría la viabilidad de la sociedad como un todo.

A lo mejor, de la historia no se aprende nada, pero para el bien de los venezolanos, esto es: de sus grandes mayorías, es de esperar que no sólo Pérez sino los líderes democráticos, los que ya hay y los emergentes, sepan enfrentar los retos del futuro.

Referencias

- *CENDES, ESTRATEGIAS DE SOBREVIVENCIA. -
- *CEPAL, TRANSFORMACION PRODUCTIVA CON EQUIDAD, Y BALANCE PRELIMINAR DE LA ECONOMIA DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE. -
- *Gómez, Emeterio, CAPITULOS SELA. - 1988.
- *Maigón, Thaís; Sonntag, Heinz R., REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGIA. - Santiago de Chile. 1990; Las elecciones en Venezuela en 1988 y 1989: del ejercicio del rito democrático a la protesta silenciosa.
- *Méndez-Castellanos, Hernán, PROYECTO VENEZUELA. -
- *Sonntag, Heinz R., NUEVA SOCIEDAD. 99. p18 - Caracas, Venezuela. 1989; Venezuela: la vuelta de Carlos Andrés Pérez.
- *Sonntag, Heinz R., ¿ QUE ES EL NEOLIBERALISMO ?. - Caracas, Venezuela, Partido Liberal Nueva Generación Democrática. 1989; Las consecuencias sociales y políticas del endeudamiento: ¿Hacia un nuevo «apartheid»?

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 114 Julio-Agosto de 1991, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.

¹⁶Cuya unipolaridad, pretendida por EEUU, me parece un fenómeno muy transitorio. Espero volver sobre este aspecto en un trabajo futuro.